



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, nº 1 (2005)

LEONARDO POLO. SU VIDA Y ESCRITOS

RICARDO YEPES

Me corresponde el grato honor de evocar, en esta señalada ocasión, la vida y escritos de Leonardo Polo Barrena, madrileño de pro, nacido el año de 1926, castizo por más señas, y dotado hasta hoy del lenguaje un punto desgarrado que el casticismo conlleva, aunque, todo hay que decirlo, D. Leonardo no ama en exceso el Madrid denso y contaminado de hoy en día, tan distinto al de hace medio siglo, cuando cursaba su carrera de Derecho en la Universidad Complutense.

Quizá fue entonces cuando el limpio sol de la meseta castellana le terminó pareciendo el ámbito más natural para el ser humano. No en vano más de una vez se le ha oído decir que "el hombre fue creado para vivir en el Mediterráneo". Puede ser ésta quizá una de las razones de su sintonía con dos pensadores tan meridionales y bien soleados como Aristóteles y Tomás de Aquino. Me parece a mí que en los tres la filosofía se vuelve como ese cielo azul cuyo fondo insondable y diáfano invita a sumergirse en ella sin temor a topar con un fondo opaco de escepticismo.

Bastante tiempo antes de terminar sus estudios universitarios en 1949, D. Leonardo había escuchado ya la voz de la filosofía. Por eso no le tentó la vida profesional de un atractivo bufete de abogados que su familia poseía. Su inicial vocación especulativa pareció encauzarse inicialmente hacia un doctorado que desarrollaría una interpretación existencial del derecho natural. Poco después, en la primavera de 1950, a la temprana edad de 24 años, D. Leonardo tuvo una inspiración nacida de sus ya entonces nutridas lecturas filosóficas. Como todo lo filosófico en él, la idea surge neta y clara, en un golpe heurístico que después hay que desentrañar. Se trata de detectar los límites del objeto pensado para el conocimiento del ser. Pudo ser entonces cuando ocurrió aquella anécdota que cuenta Joaquín Ferrer: D. Leonardo caminaba ensimismado por el pasillo de una vieja casa de la calle Serrano mientras decía con gran seguridad: "el ser está al final".

El límite que el conocimiento objetivo conlleva para la tarea del conocimiento del ser no es infranqueable. Es posible detectado en condiciones tales que quepa ir más allá de él, abandonado, y acceder así a las dimensiones del ser extramental, del ser humano y del ser divino que ese método de hacer filosofía abre al que libremente decide lanzarse por ese camino. D. Leonardo, según su propio testimonio, se dio cuenta de que acometer este reto suponía adentrarse en lo inédito, y arrostrar una tarea filosófica larga, de mucho riesgo e incierto resultado. Sin dudado, asumió el encargo que esta verdad inspiradora le encomendaba y procedió a seguir pensando sin otro compromiso que llevada hasta sus últimas consecuencias. Desde el principio fue así un pensador libre e independiente, dedicado al diálogo con los grandes talentos, ante quienes no se le da retroceder, sino responder aportando.

Su situación en la vida profesional estaba por entonces aún lejos de consolidarse: entre 1952 y 1954 residió en Roma, disfrutando en el Istituto Iuridico Spagnolo que entonces dirigía Alvaro

d'Ors de una beca del CSIC para realizar su tesis doctoral sobre derecho natural. Sin embargo, la lectura de Kant, Hegel y Heidegger y, sobre todo, el desarrollo de su inspiración inicial a partir de la metafísica tomista, le fueron absorbiendo. Lo que comenzó siendo un prolegómeno de su estudio jurídico terminó por convertirse en un voluminoso tomo doble, hoy todavía inédito, que lleva por título: *La distinción real*. Poco después, en el propio año 1954, llegó por primera vez a la entonces jovencísima Universidad de Navarra. Seguramente es hoy uno de los profesores más antiguos de ella.

En aquellos primeros años enseñó Derecho Natural y a partir de 1956 Fundamentos de Filosofía, en la entonces comenzada Facultad de Filosofía y Letras. Mientras continuó redactando sus manuscritos y acometió la obtención de la licenciatura en Filosofía, que terminó en 1959. Se puso entonces bajo las órdenes de Antonio Millán-Puelles para elaborar su tesis doctoral en filosofía en la Universidad Complutense. La defendió en 1961. Dos años más tarde fue publicada como su primer libro, *Evidencia y realidad en Descartes*, una interpretación del pensador francés que mereció los elogios de Paul Ricoeur a su paso por Pamplona en 1967, y que pocos años antes recibió un premio del CSIC.

La preparación de unas oposiciones de cátedra le llevaron a publicar en 1964 *El acceso al ser* y en 1966 *El Ser I*, dos obras en las que plantea y desarrolla su inspiración fundamental utilizando parte de los materiales que había escrito diez años antes. Esa inspiración es, desde luego, la que abre su entera aportación a la filosofía, y su carácter metódico da a toda la obra de D. Leonardo una extremada unidad, visible en cualquiera de sus escritos, y le permite acceder de modo coherente a todos los temas que su incansable ingenio filosófico ha sabido encontrar.

En 1966 D. Leonardo obtiene la cátedra de Fundamentos de Filosofía de la Universidad de Granada, adonde se traslada durante dos años, antes de regresar a nuestra Facultad de Filosofía y Letras en 1968. Desde entonces no se ha movido de ella, exceptuando, claro está, esas temporadas americanas que a partir de 1978 le han permitido vivir por algunas temporadas, quizá más cortas de lo que él desearía, bajo el cielo azul y soleado donde él alcanza su locuacidad más castiza. Este es el beneficio por él ofrecido a los universitarios de aquellas tierras.

Al período de la cátedra le sucede ahora una etapa de intensa y variada docencia en la Facultad que le ha llevado a enseñar prácticamente todas las asignaturas de la licenciatura. Entre 1968 y 1984 hay en la vida de D. Leonardo una cierta travesía del desierto, un largo silencio y una espera que termina con la publicación del primer tomo del *Curso de Teoría del conocimiento*. Enfrentarse a esa disciplina le hace descubrir, en efecto, una alternativa para avanzar en el desarrollo del abandono del límite mental. Para elaborar esa teoría, D. Leonardo entiende que hay que volver a Aristóteles, a sus nociones claves, al pensar como operación, y axiomatizarlas. Una teoría axiomatizada del conocimiento y de sus operaciones es un logro señero que desmiente la consideración del abandono del límite como algo irrealizable. Doce años de trabajo, cinco volúmenes y 2.050 páginas forman un cuerpo coherente y riguroso de doctrina al que no se puede dejar de prestar la debida atención.

La aparición del primer tomo de *Curso de Teoría del conocimiento* en 1984 marca el comienzo de lo que podríamos llamar *la etapa manifestativa* de D. Leonardo. En ella aparecen una serie de elementos biográficos nuevos que le han hecho, no solamente más feliz, por lo que me sospecho, sino también más conocido: la creciente transcripción de sus cursos por parte de alumnos y discípulos, cuyo primer fruto fue un libro sobre Hegel publicado en 1985, la vinculación con el hoy Instituto Empresa y Humanismo, que le permite dictar cursos y conferencias en muy distintos lugares sobre materias relacionadas con la antropología económica y la doctrina social de la Iglesia, y la aparición de libros "menores" sobre materias antropológicas y éticas -son ya seis los editados desde 1991: *Quién es el hombre; Ética. Una versión moderna de los temas clásicos; Presente y futuro del hombre; Introducción a la filosofía,...*

En la vida profesional de hoy en día recibir un homenaje significa ser objeto de una despedida piadosa pero inexorable: el retiro. Pero antiguamente los homenajes eran otra cosa: un modo de reconocer públicamente las acciones hermosas y dignas de alabanza. D. Leonardo también ha escrito sobre la *areté*, la virtud de los antiguos, insistiendo en que para ellos la excelencia del virtuoso recibía un reconocimiento exterior gracias al prestigio bien ganado: los virtuosos eran, según sus propias palabras, "hombres espléndidos que gozaban de fama"^[1], es decir, hombres *merecidamente famosos*. Para tener fama y honor era preciso ser realmente digno de ella. El homenaje se convierte entonces en el reconocimiento público de la virtud y de la excelencia interior, una excelencia que debe seguir mostrándose y mereciendo el prestigio y la autoridad que el homenaje otorga.

Este debe ser, me parece, el sentido de este acto, un homenaje que no clausura el pasado en una memoria oficial que a sí misma se olvida en su despedida, sino un reconocimiento expectante hacia el futuro inmediato, hacia la continuación de una obra y un trabajo que no están, desde luego, concluidos, ni por él ni por quienes quieren beneficiarse de su inspiración. Precisamente ellos son una parte importante de los que participan en este homenaje y así pueden testimoniarlo.

Al abundante material inédito y publicado que versa sobre la antropología trascendental se vuelve ahora la atención del maestro, con el fin de darle forma y recorrer el que parece último tramo del crecimiento y desarrollo de aquella inspiración de 1950, heurísticamente tan rica. El material de partida es un grueso manuscrito de 1972 y seis o siete cursos ya transcritos e incluso publicados, por ejemplo ese opúsculo tan apto para iniciarse en el abandono del límite como es *El conocimiento habitual de los primeros principios*, de 1993. Algunos deseáramos incluso ver a un Leonardo Polo teólogo, seguros ya de que la aplicación de sus hallazgos filosóficos a la teología tiene una comprobada fecundidad. Aunque comprendemos la suma prudencia, e incluso la extremada cautela, con que D. Leonardo procede en materias teológicas, todos deseamos con él que encuentre tiempo y aliento para, por ejemplo, volver a pensar lo que se decía en aquellos papeles de 1954 sobre el Espíritu Santo, que no terminan de aparecer, pero que resultaban tan extremadamente iluminadores.

Es ya bien conocido que el magisterio oral de D. Leonardo es difícil de separar su obra escrita, pues aquel constituye el material básico de reflexión a partir del cual el texto va tomando forma. Pendiente queda también, por último, la tarea de ordenar los materiales ya publicados y los muchos todavía inéditos -cursos, grabaciones, seminarios- en una serie que pueda parecerse a unas obras completas. Para entonces están aguardando ya más de cincuenta artículos y veinte libros (tres de ellos aún inéditos, pero en avanzado estado de preparación, *La voluntad y sus actos; Antropología de la acción directiva y Conversaciones sobre Nietzsche*).

En 1975, mientras aún estudiaba la carrera, me dirigí a D. Leonardo para decirle, quizá con cierta vehemencia juvenil, que había decidido escoger como tema de mi tesis doctoral algún aspecto de su pensamiento. D. Leonardo me miró por encima de las gafas y me advirtió que no pensara en hacer semejante cosa. Debí poner cara de disconformidad, porque él se vió en la necesidad de explicarme que mientras no conociese bien el pensamiento clásico, haría bien en abstenerme de tamaña osadía. Aunque en primera instancia mi decepción se convirtió casi en rebeldía, acepté entonces hacerme amigo de Aristóteles, a quien aún hoy sigo teniendo por maestro.

Esta anécdota personal me sirve para indicar algo sustancial en la obra de D. Leonardo: saber más de los clásicos, profundizar en ellos, es en el fondo, profundizar dentro de uno mismo, porque son el origen del filosofar, un origen perennemente renovado, con latencias, pero sin opacidades. La raigambre perenne de la obra de D. Leonardo enseña a pensar sin miedo, pero dejando que la verdad salga ella misma al encuentro. No es un pensamiento que juegue a suprimir los límites, a fundir lo finito con lo infinito. Es más bien un diálogo, un encuentro en el cual acontece la manifestación de lo radical en el hombre, su relación con el Absoluto, algo que en el pensamiento de Leonardo Polo se muestra como la culminación de la filosofía y de la persona misma. "El cristianismo -dice D. Leonardo en un viejo artículo de 1967-

es el desvelamiento de las más profundas dimensiones de la realidad" [2], el fondo radical desde el cual se ilumina el existir y el pensar humano, como se muestra también en ese importante artículo del volumen que hoy se presenta, *La persona humana y su crecimiento*, acerca del sentido cristiano del dolor.

La condición dialógica de la filosofía es para Leonardo Polo también algo sustancial, vivido prácticamente al ejercerla. Me atrevería a decir que esta actitud socrática, amiga de conversaciones gozosa mente interminables, tan frecuentemente practicada por él a lo largo de los años, es una herencia recibida y aprendida de modo entrañable de Jesús Arellano, una de las pocas influencias directas reconocidas por D. Leonardo, y a quien todos debemos tanto. La otra acaso sea la de Heidegger, quien en los comienzos de los años cincuenta dejó en él cierta semejanza de actitud, lenguaje y orientación, aunque desde el principio D. Leonardo se apartase explícitamente de los derroteros del pensador alemán.

D. Leonardo, en efecto, siempre ha sido amigo de la libertad propia y ajena, y así ha tratado siempre a los que se acercaban a él, mostrándoles sendas. Una vez le oí decir: "agradezco comprobar que mi camino acoge a otros, pero amo la libertad de cada uno para cuando él haya de proseguir y superar lo que haya podido tomar de mí". Y añadió sin vacilar: "amo la verdad, pero siempre insto a ponerse en su búsqueda". Por esta razón no es su ideal de filosofía la simple exégesis de textos, "la correcta, novedosa y pulida interpretación", son sus palabras, "de talo cual autor", sino buscar la verdad siguiendo su propio camino y ofrecer respuesta al pensamiento y propuesta de los grandes autores.

Ha sido la suya una dedicación intensa y exclusiva a la filosofía, a veces mantenida hasta la fatiga y casi la extenuación. Su amor a ella le ha dejado siempre poco espacio de atención para esas pequeñas minucias en que consiste vivir, fuera, eso sí, de una inconfesable pasión de juventud: ir en moto a toda velocidad. Suele él decir que ése es el único placer inventado por el hombre moderno. Alcanzó a disfrutarlo en la medida que su buen ver lo permitía. A esta minucia se puede añadir en la misma línea su afán de ganar al dominó, tan conocido e incluso sufrido por los más veteranos profesores de la sección, su gusto nada disimulado por las películas de tiros y su afán devorador de novelas policíacas del género criminal. Son pequeños abandonos del límite de la razón, válvulas de escape, contrapuntos lúdicos a la severa disciplina que impone la cavilación del ser.

No es posible ampliar aquí como se merece la semblanza de la vida y obra de D. Leonardo. Apenas hemos podido señalar unos pocos hitos de una y otra. Viéndolas ahora con la perspectiva que da el tiempo, ese aliado nuestro para dar a las cosas su dimensión verdadera, es preciso reconocer que, con su aspecto tan poco convencional y tan distinto a una intuición momentánea, la novedad inicial de la inspiración poliana le anticipó a su tiempo en más de treinta años y, por qué no decido, le trajo consigo también un cierto silencio de incompreensión y soledad. La piedra de toque para comprobar esta anticipación, como el propio D. Leonardo ha dicho algunas veces, es su doctrina sobre la persona, confirmada después en el giro que ha tomado, no sólo la antropología, sino también la teología de las últimas décadas, por ejemplo, la de Karol Wojtyla. En realidad, D. Leonardo nunca ha estado sólo.

La entera obra poliana es, como ha dicho M. J. Franquet, la realización de la tarea de abandonar el límite y pensar cuanto se abre a partir de esa perspectiva. Una intuición original se convierte en una filosofía desarrollada después de haberla ajustado con las ideas centrales de los grandes filósofos. Si ese ajuste tiene suficiente aliento y rigor, como es el caso, si piensa "desde dentro" y penetrándolos, a los grandes filósofos, si les habla de tú a tú, entonces se enriquece nuestra visión de la historia de la filosofía, porque ascendemos, porque miramos desde más arriba. Hay entonces verdadera creación filosófica, y no meras nociones agrupadas en una novedad aparente. Estamos ante lo auténtico: la verdad, dicha más ampliamente.

Recuerdo un comentario de Cristóbal Halffter: hoy tenemos creadores tan buenos como los ha habido siempre, pero no se les deja lucirse. Será necesario un poco más de tiempo para que la verdadera dimensión de la obra filosófica de Leonardo Polo alcance a ser reconocida como se

merece. Son muchas las cosas que hay todavía que añadir en este homenaje^[3]. La más sentida es, desde luego, el agradecimiento que en este momento quiero transmitirle de parte de todos los que están o se han hecho presentes en él, porque es mucho lo que nos ha enseñado y nos continúa enseñando. La verdad, Don Leonardo, es insustituible, por eso no nos podemos pasar sin ella. Muchas gracias.

^[1] L. Polo, *La vida buena y la buena vida, una confusión posible*, en *Atlántida*, 1991,7, p. 286.

^[2] L. Polo, *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, en *Palabra*, 54, 1970, 18.

^[3] Las semblanzas personales publicadas acerca de Leonardo Polo pueden encontrarse en M. J. Franquet, *Semblanza bio-bibliográfica*, en *Leonardo Polo, filósofo, Anuario Filosófico*, (26-1) 1992, 11-26, junto a los restantes artículos de ese volumen, y en M. J. Franquet, *Trayectoria intelectual de Leonardo Polo*, en *Anuario Filosófico*, (55) 1996, 14-37. Otras semblanzas de R. Yepes: *Leonardo Polo*, en *Qué es eso de la filosofía*, Drac, Barcelona, 1989, 143-161; *Introducción* al libro de L. Polo, *Quién es el hombre*, Rialp, Madrid, 1991, 11-16; *Guía bibliográfica*, en L. Polo, *Presente y futuro del hombre*, Rialp, Madrid, 1993, 205-208; *Quién es el hombre. La filosofía de Leonardo Polo*, en *Atlántida*, 14, 1993, págs. 70-79.